

Feminismo y tauromaquia

texto de Alicia H. Puleo

El actual debate sobre las corridas de toros es quizás un buen momento para reflexionar sobre el significado de éstas desde una perspectiva feminista. Hasta donde llega mi conocimiento, este análisis de la tauromaquia es una asignatura pendiente.

En el Estado español, el feminismo y los movimientos de liberación animal son mundos que se desconocen mutuamente (Alejandra del Valle, en Cavana, Puleo & Segura, *Mujeres y ecología. Historia, pensamiento, sociedad*, en prensa). Mientras que muchas feministas del mundo anglosajón muestran gran preocupación animalista y ecologista, el feminismo ibérico parece permanecer en los límites de la tradición antropocéntrica que sólo otorga consideración moral a lo humano. Si bien son raras las feministas aficionadas a las corridas, también son muy pocas las que creen que se trata de un tema que merece atención crítica.

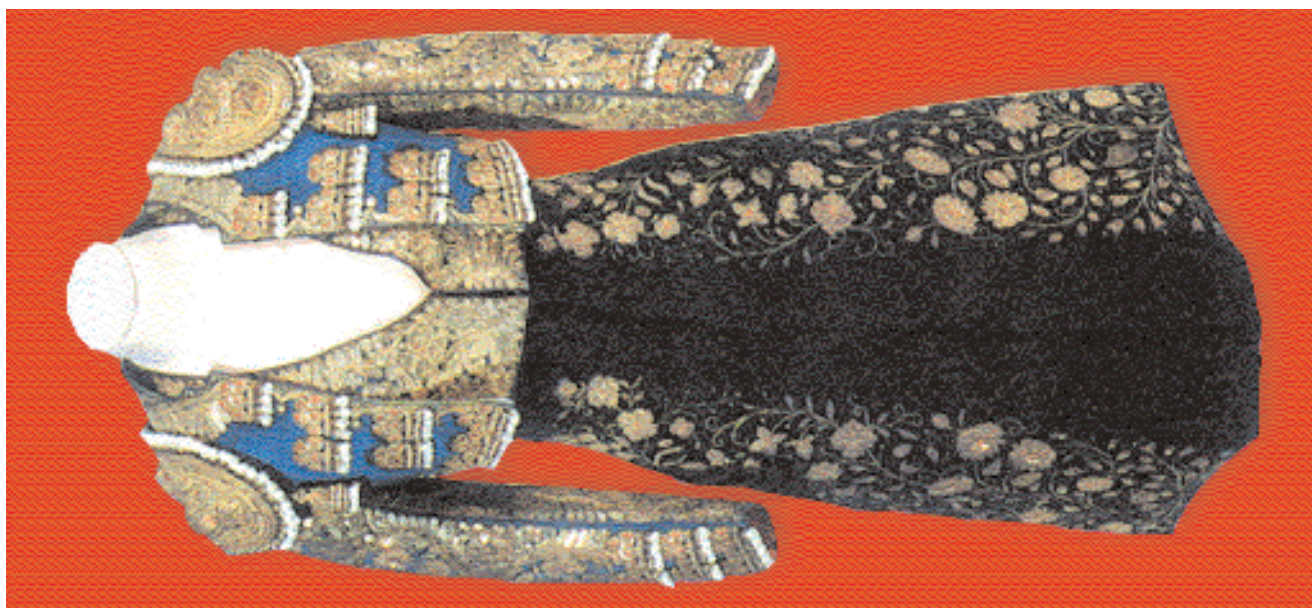
En cambio, desde algún portal taurino de Internet ya hay partidarios de la corrida que critican el “machismo” tradicional del mundo taurino y ensalzan los méritos de la única mujer que, hasta el presente, se ha convertido en primera figura del toreo. Es indudable que, a los ojos de la sociedad, la aceptación e integración de mujeres daría un toque de modernidad a la antigua y sangrienta tradición de la tauromaquia.

Tauromaquia y sexismo

Para analizar la tauromaquia desde una perspectiva feminista, diferenciaré dos conceptos emparentados: sexismo y androcentrismo (sobre la relación entre estos dos conceptos, ver Amparo Moreno, *El arquetipo viril protagonista de la historia*. Lasal, Barcelona,

1986). Entenderé por *sexismo* la ideología de la inferioridad de uno de los sexos, por la que se discrimina y tiende a excluir a las mujeres de actividades consideradas valiosas, alegando su incapacidad, su especial fragilidad de algún tipo, o motivos de decoro, etc. En el caso que nos ocupa, ha habido y sigue existiendo sexismo, puesto que tradicionalmente se ha tratado de impedir por diversos medios que las mujeres que lo desearan pudieran ejercer el oficio de “matador”. No parecía adecuado para seres que dan la Vida. Se consideraba que “la Mujer” carecía de la valentía y la fuerza suficientes para ser un guerrero de ese especial combate contra las fuerzas de la Naturaleza.

Sistematizando y profundizando en la línea de otras teóricas ilustradas que la precedieron, en ese clásico del feminismo que es *El Segundo Sexo*, Simone de Beauvoir observó que la cultura patriarcal condena a las mujeres a la inmanencia cíclica del orden natural y reserva para el varón la historicidad y el acceso al ser como proyecto propio de lo auténticamente humano. Para la filósofa existencialista, esta exclusión está íntimamente ligada a la ausencia de las mujeres en la actividad guerrera. Reelaborando la dialéctica del amo y el esclavo de Hegel, Beauvoir sostiene que arriesgar la vida en el combate significa despreciar la conservación del cuerpo propio y afirmar, de esa manera, el primado de los valores del espíritu. El valor del guerrero permi-



Traje de luces de Juanita Cruz

te, así, que la humanidad se separe de la mera animalidad, ansiosa de conservar la Vida. Dar la muerte en combate heroico sería la actividad sobre la que se desarrollaron los valores de la Cultura frente a la Naturaleza. Esta última aparece como el mundo del monótono cuidado de la vida en que quedó encerrado el colectivo femenino.

En la marginación de las mujeres del toreo se utilizaron las dos figuras del Eterno Femenino: la madre y la prostituta. El mecanismo de erotización como inferiorización fue largamente utilizado para marginar a las mujeres del toreo. En el siglo XIX, la figura de las “señoritas toreras” estaba rodeada de connotaciones sexuales licenciosas. Para evitar escándalos, en 1910, una Orden Real prohibió la lidia a las mujeres. Algunos historiadores taurinos sostienen que una antigua torera siguió teniendo alguna presencia menor en las plazas bajo nombre masculino.

El nacional-catolicismo vigente durante el régimen de Franco poseía una ideología de género extremadamente bipolar en la que no cabían las toreras, mujeres que daban la muerte en vez de la vida. Esto se expresará en el paternalismo (Luis Gilpérez Fraile, *La vergüenza nacional. La cara oculta del negocio taurino*. Penthálón. Madrid. 1991) del Reglamento de Espectáculos Taurinos que prohibía expresamente que las mujeres, admitidas como rejoneadoras a caballo, se enfrentaran

al toro a pie. El papel de las mujeres en el mundo de los toros se limitaba a ser el de espectadora que admira y anima al valiente caballero. Éste le ofrecía y continúa ofreciendo la muerte del toro.

Aunque en 1974 fue derogado el artículo 49 que contenía esta prohibición, las mujeres siguieron sin lograr abrirse camino en el toreo. Los espectáculos en que intervenían eran considerados de baja categoría, ridículas imitaciones del verdadero toreo viril. El público asistía con ánimo jocoso, como a las corridas burlescas con toreros enanos que todavía suelen figurar en los programas de fiestas de ciudades y pueblos en increíble continuidad de la figura del enano de corte. Los críticos taurinos eran implacables con las toreras: no se trataba de auténtico arte del toreo.

Pero el paradigma de la igualdad de oportunidades para los sexos, muy arraigado en la conciencia de la actual sociedad española (Amelia Valcárcel, *La política de las mujeres*. Cátedra. Madrid. 1997), terminaría impregnando hasta los ámbitos más patriarcales. En 1996, en las arenas de Nimes (Francia), la matadora Cristina Sánchez (nacida en Villaverde, provincia de Madrid, en 1972) se convirtió en la primera mujer que recibió *la alternativa* en Europa, ceremonia de iniciación en la que un torero de renombre reconoce a uno joven, permitiéndole a partir de ese momento compartir cartel con otros matadores también iniciados. El suceso fue

Debemos intentar una redefinición ético-política de los conceptos de “Naturaleza” y “ser humano”.

ampliamente recogido por los medios de comunicación. Era la consagración de una carrera de obstáculos desde la infancia, contra la voluntad de su padre, profesor de una escuela taurina de Madrid, de su madre y del mundo taurino (Cristina Sánchez & Dulce Chacón, *Matadora. La increíble historia de la primera mujer matadora de toros de España*. Planeta, Barcelona, 1998). En una entrevista para la revista *Mujer de hoy*, asegura que, de los comentarios sexistas que ha oído desde el ruedo, el más desagradable fue: “Las mujeres a fregar”. Y añade: “Yo he demostrado que servimos para algo más que para fregar” (C. Sánchez, 1999). ¿Feminismo taurino? No. Sólo igualdad de oportunidades. Simplemente, permitir a las mujeres el desarrollo de ciertas actividades que no afectan, a su juicio, en absoluto, la relación entre los sexos. “Me gusta que el hombre me proteja, me defienda, me mime, me coja el abrigo, me retire la silla y me ayude a sentarme.” Cuando la periodista que la entrevista observa que se trata de un discurso “muy poco progresista para una mujer torero”, contesta: “Es que yo no soy feminista ni progresista, yo soy una mujer muy normal. Me gustaría que no se perdiesen esas diferencias entre el hombre y la mujer”. Para la célebre matadora, la integración pasa por superar los prejuicios de la inferioridad de las mujeres: “Las mujeres son igual de valientes que los hombres, lo que pasa es que el valor siempre se ha atribuido al hombre”. Y, sin saberlo, retoma la aspiración de muchas feministas a las que nunca leyó y con las que no quiere ser confundida: no ser reducida al género, dejar de ser vista como la Otra. A la pregunta de qué es lo que más le ha agradado escuchar, contesta: “Una vez me dijo un señor en Sevilla: Fui a ver a una mujer y salí viendo un torero. Se me quedó grabado”. De hecho, inicialmente esta matadora no quería que se la llamara “torera” sino “torero”. Terminó aceptando el sustantivo femenino por la dificultad de impedir su uso generalizado en los medios de comunicación.

La negación de su alteridad se obtiene gracias a la superación del temor a perder la vida. En el discurso de

la matadora, el miedo aparece inscrito en el ámbito de la Naturaleza. El miedo “huele –afirma– a campo y a sucio, a ese olor que te transmite el toro cuando pasa. Cuando lo hueles, aunque no vayas vestida de luces, te da esa sensación de miedo, de respeto. Yo disfruto con el riesgo y me gusta sentir miedo y superarlo. Me gusta sentirme en el filo entre la vida y la muerte, sin llegar a ser consciente de que la muerte puede estar ahí. Tú sabes que puedes morir, pero no lo piensas”. (Entrevista a Cristina Sánchez, *Mujer de hoy*, 1999). Y los comentarios taurinos coinciden en resaltar su valentía, que hace olvidar que se trata de una mujer. Es un auténtico torero. Obtenido, pues, el reconocimiento de la igualdad, al menos en el caso de esta matadora, lo cual facilita, pero no asegura las oportunidades de abrirse camino de las que hoy en día están en las escuelas taurinas (Sánchez & Chacón, op. cit., 1998) podemos ahora considerar la cuestión desde la perspectiva de la crítica al androcentrismo.

Tauromaquia y androcentrismo

El androcentrismo es el punto de vista parcial masculino que hace del varón y de su experiencia la medida de todas las cosas. Por lo general, sexismo y androcentrismo están inextricablemente unidos. Si el sexismo inferioriza y tiende a discriminar o excluir a las mujeres, el androcentrismo fija estándares de lo propiamente humano a partir de una identidad masculina definida históricamente en los límites del sistema de género. Ahora bien, ¿tiene un sesgo masculino el toreo? Sin necesidad de buscar fuentes feministas, encontraremos numerosas respuestas afirmativas. Ya hemos visto que, para algunos de sus defensores, representa la virilidad. Sus detractores coinciden en ello: “Hay un culto a la muerte del débil, a su escarnio público (...) en la médula de la tauromaquia. Es un ritual que exagera ciertas características de virilidad, de hombría” (Luis Saavedra, *El País*, 8/8/90). Por el contrario, Simone de Beauvoir, que dedica varias páginas de *La force des choses* a comentar con entusiasmo (como Hemingway, Bataille y otros intelectuales extranjeros) las corridas a las que asistió durante sus viajes por España, sólo ve la esencia universal humana. Y aunque afirma que le aburren las interpretaciones intelectuales condenatorias o apoloéticas de la corrida, no deja de dar la suya propia. A su juicio, el sentido original y la grandeza de la corrida residen en que un animal inteligente vence a otro animal más fuerte pero carente de razón. No realiza nin-



María Paz Vega el día en que Cristina Sánchez le dio la alternativa.

gún comentario sobre la ausencia de mujeres en la tauromaquia de aquella época pero podrían haber sido tuyas las siguientes declaraciones de la matadora C. Sánchez: “El toreo es cabeza y plasticidad, porque a fuerza siempre gana el toro. Pero la gente está un poco equivocada en este tema. Se piensan que el toreo es una fuerza brutal, exagerada, que la mujer no tiene. Y es cierto que no la tiene, pero tampoco la necesita. Para torear, lo que se necesita es cabeza delante del toro” (Cristina Sánchez, *El Norte de Castilla*, 1/8/1996). Ante un toro bravo, la mayor fuerza física de un hombre no representa una ventaja, ni siquiera para el momento de matarlo, sólo se necesita disciplina, técnica, autocontrol: “Para matar hay que tener decisión y preparación; si no pinchas en hueso, la carne del toro es blanda”. (Cristina Sánchez, *Mujer de hoy*, 1999). La corrida aparece, pues, como representación de los dualismos Naturaleza/Cultura, Mente/Cuerpo, Razón/Emoción.

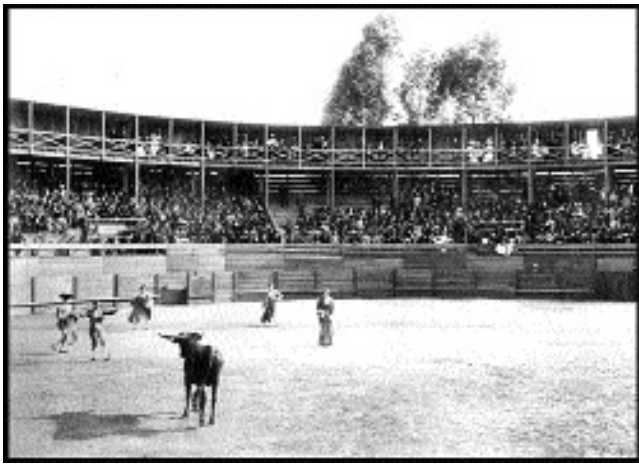
Para disfrutar de la corrida, como torero/a es preciso controlar el miedo; como espectador/a, se necesita desconectar la compasión, proceso facilitado aquí por el temor y el desprecio al Otro. Temer por el propio cuerpo y sentir con el que sufre son dos sentimientos tradicionalmente considerados femeninos y, por lo tanto, despreciados. Dos sentimientos poco aptos para las empresas de dominación. Los ritos de iniciación masculina de todas las sociedades patriarcales buscan reprimirlos. Y como Celia Amorós ha señalado (Celia Amorós, *Tiempo de feminismo*, Cátedra, Madrid, 1997), el “sujeto iniciático” masculino no existe sólo en las

sociedades etnológicas.

En el caso que nos ocupa, en la arena, este sujeto se distancia del temor, y en las gradas, goza del espectáculo y, si además es intelectual, conceptualiza cómodamente el dolor y la muerte como justo triunfo de la razón sobre un ser inferior. Como Horkheimer y Adorno destacaron en su *Dialektik der Aufklärung* (1947), las criaturas irracionales siempre experimentaron lo que era la razón en sus propias carnes, en la guerra y en la paz, en la arena, los mataderos y los laboratorios. Podríamos precisar, avanzando en la vía que estos filósofos ya sugerían, que experimentaron la *razón patriarcal*, una razón estrecha que ha expulsado de la definición de lo humano superior aquellos rasgos que no entran en la constitución iniciática masculina.

La corrida, además de ser un negocio, es una puesta en escena real y simbólica de lo que Karen Warren ha llamado la *lógica de la dominación*, que concibe la diferencia en términos jerárquicos de inferioridad y superioridad, legitimando así el sometimiento y la violencia. Como marco conceptual opresivo o conjunto socialmente construido de creencias básicas, valores y actitudes a través de los que interpretamos la realidad, la lógica de la dominación mantiene y refuerza los vínculos de subordinación entre los humanos (sexismo, racismo, clasismo...) y entre los humanos y la naturaleza (Karen Warren, *Ecofeminist Philosophy*. Rowman & Littlefield, Oxford, 2000). La arrogancia ontológica del antropocentrismo que niega toda consideración moral para con los no humanos tiene profundas relaciones con el androcentrismo o sesgo masculino de la cultura. Si nuestra visión del “hombre” como dominador de la “Naturaleza” tiene una oscura historia patriarcal, sería limitar mucho las posibilidades de la teoría feminista exigir sólo nuestra participación en el círculo de los dominadores. Podemos, y a mi juicio debemos, intentar una transformación de nuestra autoconciencia como especie, una redefinición ético-política de los conceptos de “Naturaleza” y “ser humano”. Este nuevo giro copernicano no implica abandonar la razón. Por el contrario, significa desarrollar su fuerza crítica más allá de nuestro presente histórico y de sus prejuicios, conectándola con los sentimientos que han sido feminizados y devaluados.

Pero volvamos a la visión de la corrida en Beauvoir. Hemos visto la interpretación racionalista en la que el intelecto somete a la fuerza física. Pero no es todo, hay otra, de carácter vitalista que, en versiones más sencillas



1896, cuadrilla de niñas toreras en Campo Eskaro, Uruguay

llas, suele ser utilizada a menudo en las apologías de la tauromaquia. Beauvoir destaca que, como filósofa materialista, le parece interesante el combate entre el hombre y el toro. Se trataría, como la sexualidad, de una inmersión en lo natural y corporal. Por ello, rechaza la crítica al sadismo de los defensores de los animales, a los que considera “burgueses” escandalizados por la identificación popular con las pulsiones (Beauvoir 1963, II, 74). Se muestra fascinada, como otros pensadores *gauchistes*, o filo-fascistas como Georges Bataille, por la violencia irracional como manifestación pura de la vitalidad del pueblo. Beauvoir encuentra en la España de toros y pandereta lo que Michel Foucault verá más tarde en el antiguo circo romano: el sentido del espectáculo, la intensidad de la vida pública, la proximidad sensual en las fiestas, los ritos sangrientos que devuelven el vigor y la unidad social (M. Foucault, *Surveiller et punir*. Gallimard, París, 1975). En sus comentarios sobre Nietzsche (*Sur Nietzsche. Oeuvres Complètes*, tome VI. Gallimard, París), Bataille, otro entusiasta de la corrida, opone la “cumbre moral” (somet moral) a la “decaendencia” (déclin). La primera se caracteriza por el gasto descontrolado de energía y la violación de la integridad de los seres, por una exuberancia que no respeta los límites proclamados por la moral ordinaria. La decaendencia, en cambio, destaca por su preocupación de conservación y enriquecimiento del ser. Es el momento de obediencia a las normas morales propio de la pérdida de las fuerzas juveniles. La vida, valor supremo, sólo puede tener lugar por el mal. La vida no es sino comunicación, fluir de energía. Vivimos sólo si consentimos

entrar en el juego que pone nuestro ser y el de los demás en situación de riesgo. No se alcanza la cumbre moral cuando se soporta estoicamente el mal, sino cuando se lo desea, cuando se acepta que el destino exige que unos mueran para que otros vivan (Bataille 1973). El asceta y el burgués se encuentran, según Bataille, en las antípodas de esta moral de sacralización del instante. No son capaces de disfrutar de él porque se esfuerzan en reprimir las pulsiones para alcanzar sus respectivas metas futuras. No son capaces de experimentar la sensación de soberanía que proporciona la transgresión.

Desde esta perspectiva, los sentimientos positivos hacia el Otro y las tareas del cuidado de su vida aparecen como decadentes y afeminados frutos de la represión y la domesticación. ¿Sólo la violencia y la dominación son experiencias ontológicas originarias y auténticas? ¿No se trata de una definición de lo humano realizada exclusivamente a partir del *pathos* del guerrero y de su mística masculina del enfrentamiento y la agresividad? ¿Por qué es superior la experiencia de la soberanía a las de ayuda mutua o cuidado?

Dado que las democracias burguesas imposibilitan la experiencia de la soberanía al exigir el mutuo respeto de los derechos individuales, Bataille ve en el erotismo y en la corrida dos formas de colmar la “sed de infinito” que caracteriza al hombre. Ambos fenómenos son un sacrificio ritual que revela la continuidad de los seres aparentemente discontinuos. La mujer y el animal son sacrificados, sus límites son negados. La mujer de manera simbólica, el animal en la realidad. Ambos representan esa naturaleza material que hemos abandonado con la Cultura. Como sujetos trascendentes “nos molesta salir de la vida, de la carne, de una inmundicia sanguinolenta” (Bataille 1973, VIII, 52). Las vísceras son la verdad del objeto del deseo. Por eso, para Bataille, el erotismo siempre es sádico (Cf. Alicia Puleo, *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Cátedra, Madrid, 1992) y un rito sádico como la corrida será erótico. Beauvoir no concedía connotaciones eróticas a la lidia (hubieran sido contradictorias con su teoría feminista), sin embargo, se hallan muy presentes en los aficionados a la tauromaquia. Normalmente, el torero es concebido como paradigma de virilidad, lo que explica que haya habido algún escándalo en ese mundo tan tradicional cuando trascendió la tendencia no heterosexual de algún matador (Gilpérez Fraile, op. cit., 1991). Pero hay intelectuales que hacen otras interpretaciones. En la literatura especializada, algunos autores

ven en el torero la representación de la feminidad, grácil y seductora, que atrae al poderoso macho y termina dominándolo. Otros hacen de él una figura intersexual. Con el personaje de la torera en el misógino film *Hable con ella* (que tuvo más éxito en Francia que en España y en cuyo rodaje se mataron cuatro toros), Almodóvar juega estéticamente con estas connotaciones sexuales, dando a las corridas una coartada postmoderna de pseudo-progresía.

La fascinación por el torero tiene fuertes componentes sadomasoquistas. Recordemos, por ejemplo, cuando en 1994, en Aranjuez, un joven matador en busca de prestigio organizó una corrida “sólo para ellas”. Ocho mil quinientas espectadoras de diferentes edades y clases sociales llegadas de distintas comunidades autónomas provocaron un escándalo mediático por las obscenidades que gritaron al torero mientras le arrojaban claveles, sujetadores, bragas y ositos de peluche animándole a clavar la espada al toro que yacía agonizante en el suelo. Los aficionados tradicionales se indignaron por la “discriminación positiva” que no había permitido el acceso de hombres a las gradas y por la falta de decoro de aquellas mujeres que gritaban su deseo sexual ante las cámaras de televisión. Alguna periodista las defendió en nombre de la igualdad: ¿Por qué no pueden divertirse diciendo obscenidades a un hombre como siempre las han dicho los hombres a las mujeres? (Rosa Villacastín, “La gesta de Jesulín”. En *El Semanal*, 23/10/1994, p. 104). Frente a su ídolo, encarnación de la masculinidad más patriarcal, soberbia e insensible, ¿reivindicaban su libertad o sus cadenas? El Área de la Mujer de los Verdes condenó el suceso por fomentar los estereotipos de sexo. ¿Favorece a las mujeres fomentar una cultura de la violencia y la dominación cuando las cifras de víctimas de la violencia de género reveladas por los periódicos son tan elevadas? Seguramente no.

Algunas conclusiones para iniciar el debate

La integración de las mujeres en una actividad bárbara fuertemente criticada es una estrategia más para darle prestigio y legitimidad. Toreras y espectadoras parecen una refutación viviente de la empatía femenina supuesta por el primer ecofeminismo. No se conmueven ante la sangre y los bramidos de dolor del toro, por el contrario, gozan con la violencia. Como todo converso reciente, las mujeres serán militantes entusiastas. ¿Debemos aplaudir o reprobar la consagración de una torera en el mundo hiperpatriarcal de la tauromaquia?

Bataille ve en el erotismo y en la corrida dos formas de colmar la “sed de infinito” que caracteriza al hombre.

¿Debemos apoyar las nuevas “diversiones” de un público femenino fascinado por el poder y la violencia?

Las corridas y otras torturas públicas de animales son el lugar simbólico –y, desgraciadamente, muy real en el dolor y la sangre– en que se entrecruzan el antropocentrismo y el androcentrismo. ¿Es más culpable la torera que el torero, la espectadora que el espectador? No lo creo. Ambos están atrapados en la mística de la virilidad o definición histórica de lo masculino y humano como dominación. El sufrimiento del animal en la arena será el mismo.

La ética y la filosofía política feministas han de reivindicar la igualdad entre los sexos pero proceder también a una crítica del androcentrismo. Ambas tareas, si son entendidas como proyectos excluyentes, encierran ciertos peligros. Así como las éticas del cuidado pueden derivar en el conformismo, en la impotencia y en la exaltación de virtudes producidas por el sometimiento, la asunción acrítica de una transgresión pseudoliberaladora implica la aceptación de valores que esconden un subtexto de género.

Creo que, como feministas, *no debemos exigir virtudes de género* a las mujeres pero *tenemos que examinar el género de las virtudes* para efectuar una revisión crítica de la cultura. No se trata de desear que la tauromaquia siga siendo un mundo exclusivamente masculino, tampoco de aplaudir la admisión de las mujeres en él, sino de denunciar el sesgo patriarcal de esta subcultura sangrienta, la terrorífica lógica de la dominación que la legitima, y apoyar su abolición. Si queremos ampliar el concepto de lo humano con aquellos aspectos que fueron devaluados como femeninos, si deseamos avanzar hacia una sociedad en la que el sujeto autónomo no necesite dominar y humillar para afirmar su identidad ni su satisfacción se base en el extremo sufrimiento y muerte del Otro, entonces, el feminismo tiene algo que decir sobre las corridas ■

Alicia H. Puleo es Directora de la Cátedra de Estudios de Género de la Universidad de Valladolid